

¿Es posible parar el imperio?

La mejor manera de llegar a la paz mundial es una policía global en manos de las Naciones Unidas



TONI COMÍN

Lo más alarmante de la nueva política exterior norteamericana, que quizás no quepa llamar ya “política” sino simple doctrina militar, no es que invente falsos enemigos para justificar sus propósitos imperiales. Lo alarmante es que, incluso en el caso de que estos enemigos —estos supuestamente peligrosísimos riesgos para la paz global— fueran ciertos, la doctrina militar norteamericana tampoco estaría justificada, puesto que sería la peor de las respuestas posibles.

En el documento que resume la nueva doctrina de seguridad de los EEUU —ese texto deplorable elaborado, según parece, por Condoleezza Rice y Paul Wolfowitz, con el beneplácito de Cheney, Bush y Rumsfeld— se dicen abiertamente algunas cosas que, hasta anteaer, nadie en la superpotencia se hubiera atrevido a proponer con tal desfachatez. Se reivindica el “derecho” a atacar preventivamente a cualquier país al cual los EEUU consideran “sospechoso” de ser una amenaza para la seguridad nacional o para sus intereses estratégicos. Las pruebas de esta sospecha, se indica, no son excesivamente necesarias. Y lo más novedoso: se afirma que los EEUU actuarán en el mundo con el fin de impedir que a nadie se le pase por la cabeza la tentación de igualarlos en capacidad militar. El texto no lo dice así, pero su literalidad no está lejos de este tono.

Se trata de una doctrina que nos permite entender meridianamente claro qué quiere decir la palabra “imperio”. Imperio: detentar la soberanía sobre tu propio territorio y, en virtud de la superioridad militar, también sobre el de los demás. Los EEUU proclaman a cuatro vientos el fin de la soberanía política del resto del mundo: se otorgan el derecho a decidir quién puede tener ejército y quién no dentro de la comunidad internacional, y aun qué tipo de ejército puede tener cada cual. La diplomacia —el intercambio de intereses— ha sido sustituida por la amenaza, ya muy poco velada. Bush, Rice y sus chicos no podían hablar más claro: en el siglo XXI los EEUU impedirán que exista otra potencia militar comparable a la suya, y éste será el eje central de su política exterior. Como mínimo, parece un aviso para navegantes. Navegantes como China, por ejemplo, que se postula como “la otra” superpotencia del siglo XXI. Y

quién sabe si no también un aviso para Europa, esa UE que trabaja discretamente para construir una política exterior común, que podría conllevar a medio plazo la conquista de una cierta autonomía militar. Avisos. Imperio.

¿Es el imperio imparable? ¿Se puede permitir los EEUU este tono de amenaza abierta? En principio parece que sí. Un dato lo resume todo: el gasto militar norteamericano es un poco mayor que el gasto militar de todos los demás países del mundo sumado. Ellos solos tienen la mitad del “ejército mundial”. Así las cosas, ¿hay mucho que hacer? El británico David Held es uno de los intelectuales impulsores de la idea de una democracia



K. Annan visto por el mundo

global o “democracia cosmopolita”. Después del 11 de septiembre formuló la necesidad de pasar de un “orden militar internacional” a un “orden policial global”. A partir del momento en que la principal amenaza para un Estado ya no es otro Estado, sino el terrorismo, esta necesidad se hace más perentoria que nunca, porque la seguridad deja de ser un problema de “política exterior” de cada país para ser un problema de “política interior” de la sociedad mundial en conjunto.

¿Sirve un ejército imperial como el norteamericano para luchar contra el terrorismo? Si lo que interesa a los EEUU es el petróleo, su imperialismo es inmoral pero indudablemente eficaz. Si les interesa

su seguridad, diríase que además de inmorales están siendo un tanto temerarios. No se puede luchar contra el terrorismo a base de portaaviones y cazas. De entrada, contra el terrorismo se lucha atacando sus causas profundas. No hace falta repetirlo. Pero pongamos que sigue siendo necesario tener algún instrumento de seguridad, que garantice aquello que la teoría política realista llama “el monopolio de la violencia legítima”, ese monopolio que debe estar en manos del Estado en el caso de un Estado limpiamente democrático. ¿Cuál puede ser este instrumento? Hasta ahora era un ejército para la “violencia legítima hacia afuera” y una policía para la “violencia legítima hacia dentro”. En el futuro, cada vez más, sólo podrá ser una “policía global”, cuando ya no hay amenazas exteriores sino sólo amenazas interiores a una única sociedad mundial interdependiente.

Sin embargo ¿de quién podría depender esta policía global? Sólo de la comunidad de naciones en su conjunto. En consecuencia, Naciones Unidas sería el lugar desde el cual ir construyéndola; alguien ha hablado, por ejemplo, de crear la policía del nuevo TPI. Pasar de un orden militar mundial, el actual, donde cada uno tiene su ejército propio, a un orden policial con una policía compartida, es un proyecto de desmilitarización en toda regla. El principal obstáculo para este proyecto radica en su condición más importante: requiere unas Naciones Unidas efectivamente democráticas. Y no parece descabellado pensar que, a su tiempo, esto requeriría que también sus miembros, puertas adentro, sean democracias.

En consecuencia, es cierto que el horizonte descrito parece quedar muy lejos. ¿Seguirá pareciendo igual de lejano dentro de cuarenta años? No lo sabemos. Su principal virtud está en que nos permite describir un paradigma de seguridad alternativo respecto al actual orden imperial. La pregunta que a los europeos nos corresponde es: ¿debería Europa liderar el avance hacia este paradigma alternativo? Porque Europa, a lo largo de los últimos cincuenta años, ha logrado transitar de modo brillante por un camino de seguridad compartida a escala regional. Un camino cuya lógica tiene mucho que ver con este nuevo paradigma de seguridad global, con el cual podríamos empezar a pensar en parar al imperio. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE